

¿Qué es el imperialismo de fronteras?

En los últimos años, organizaciones indígenas en Australia han estado emitiendo “pasaportes originales” para solicitantes de asilo que han sido detenidos o negado estatus legal por el gobierno australiano. Más recientemente, en mayo del 2012, pasaportes fueron emitidos por dos tamiles detenidos que habían solicitado asilo. Durante la ceremonia, Ray Jackson, de la Asociación Indígena de Justicia Social dijo, “el gobierno australiano debe dejar de encarcelar a la gente indígena, y debe dejar de encarcelar a los solicitantes de asilo. Estoy orgulloso de acoger a las personas necesitadas en nuestra comunidad.” Robbie Thorpe, un dignatario indígena, comentó, “El gobierno australiano no tiene derecho legítimo de conceder ni negar permiso para gente en este país, mucho menos encerrar aquellos que huyen de la guerra y la persecución.”^[1]

Aquellos momentos de solidaridad entre el pueblo indígena y los migrantes no solo representa una red de entendimiento y alianza entre comunidades marginalizadas, sino también un desafío fundamental a la autoridad de los gobiernos coloniales y la soberanía del estado occidental. La gobernanza occidental y la estatalidad se constituyen a través de múltiples nodos, incluyendo la primacía de fronteras que delinea y reproduce control territorial, político, económico, cultural y social. Cómo escriben las activistas Alessandra Moctezuma y Mike Davis, “Todas las fronteras son actos de violencia estatal inscritos en el paisaje.”^[2] Redefinidos constantemente, las fronteras representan un régimen de prácticas, instituciones, discursos y sistemas que definen el imperialismo fronterizo.

En este capítulo, determino una base teórica para conceptualizar el imperialismo fronterizo y sus cuatro estructuras similares mencionadas en la introducción. El imperialismo fronterizo es caracterizado por el afianzamiento y reafianzamiento de control contra los migrantes que son despojados por causa de las violencias del capitalismo y el imperio, y posteriormente son forzados al trabajo precario como resultado de la ilegalización estatal y jerarquías sociales.

El imperialismo fronterizo es una valiosa herramienta analítica para organizar movimientos para la justicia de los migrantes en Norteamérica. Nos aleja del análisis que culpa y castiga a los migrantes, o el que obliga a los migrantes a que se asimilen o establezcan su mérito social. Enés, reflejando las palabras de Thorpe, fijamente reorienta a los procesos de desplazamiento y migración dentro de la economía política mundial del capitalismo y colonialismo. Sostengo que la circulación de la estratificación socioeconómica y laboral en la economía mundial, las narrativas del imperio y las jerarquías de la raza, la clase y el género entre la consolidación estatal, operan en conjunto para establecer las bases del imperialismo fronterizo.

Un análisis del imperialismo fronterizo resume una crítica doble sobre la consolidación estatal del occidental entre el imperio mundial: el papel del imperio occidental en comunidades despojadas con el objetivo de garantizar tierra y recursos para el estado y los intereses capitalistas, así como la deliberadamente limitada inclusión de los cuerpos migrantes en estados occidentales a través de procesos de criminalización y racialización que justifica la

comodidad de su labor. Por lo tanto, los estados occidentales son árbitros principales en determinar cuándo y qué condiciones las personas emigran.

Uso el término occidental no sólo para indicar el emplazamiento geográfico del Norte Global (que son Europa, Australia y Norteamérica), sino también para hacer referencia al dominio de la política, la economía y las formaciones e ideologías sociales del occidental que han llevado a la creación de otros estados coloniales como Israel, y que son adoptadas cada vez con mayor frecuencia por estados neoliberal en Latinoamérica, África y Asia. Aunque la gobernanza política y económica no sea uniforme a través de estos estados, el erudito japonés Naoki Sakai comenta sobre el occidental como una ideología diciendo, “A diferencia de los otros nombres asociados con las peculiaridades geográficas, también implica el rechazo de su autolimitación o particularista determinación... en corto, el occidental debe representar el momento de lo universal, que subsume lo particular.”^[3] El imperialismo fronterizo trabaja para extender y externalizar la universalización de las formaciones de las sociedades occidentales más allá de sus propias fronteras a través del colonialismo de asentamiento y las ocupaciones militares, también por la globalización del capitalismo al imponer acuerdos financieros y explotando a los seres humanos y los recursos naturales. Al mismo tiempo, el refuerzo de las fronteras físicas y psicológicas contra los cuerpos racializados es un instrumento fundamental para mantener la santidad y el mito de la superioridad de la civilización occidental.

El Despojo y las Fronteras Aseguradas

Las mariposas siempre han tenido alas; las personas siempre han tenido piernas. Mientras que la historia está marcada por la hibridez de las sociedades humanas y el deseo por el movimiento, la realidad de la mayoría de la migración de hoy en día revela las relaciones desiguales entre los ricos y los pobres, entre el Norte y el Sur, entre la blancura y los demás. Como observa la red Frassanito, “Hablar sobre la autonomía de la migración no significa eliminar del centro de los debates políticos los mecanismos de dominación y explotación que determinan la vida de los inmigrantes.”^[4] La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y las Naciones Unidas (UN) estiman que hay un billón de migrantes alrededor del mundo, 740 millones quienes son trabajadores migratorios dentro o fuera de sus países.^[5] Según las cifras publicadas por El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, hay 43.7 millones de desplazados forzados en el mundo, incluyendo 27.5 millones de personas que están desplazados internamente dentro de sus propios países.^[6] La mitad de los refugiados del mundo son mujeres, y aproximadamente 45% de las personas desplazadas forzosamente tienen menos de 18 años.^[7]

El primer procedimiento en el imperialismo fronterizo son los desplazamientos a causa de las extracciones obligatorias del capitalismo y el colonialismo, y simultáneamente la fortificación de la frontera -- frecuentemente por esos mismos poderes occidentales que son cómplices en estos desplazamientos -- que hacen la migración de las personas desplazadas tan peligrosa. Los desplazamientos de gran escala y las condiciones precarias en las que los migrantes son lanzados no son coincidentes, sino más bien fundamental para la estructuración del imperialismo fronterizo.

Una de las mayores causas del desplazamiento masivo y la migración es el imperialismo occidental. Debido al desposeimiento de 750,000 palestines de su país de origen en 1948 y la prolongada ocupación ilegal de Israel en Palestina, los palestines apátridas forman una de las mayores comunidades de refugiados del mundo, y actualmente suman casi 5 millones.^[8] Después de dos invasiones y sucesivas operaciones militares, la población de refugiados más grande del mundo viene de Afganistán e Iraq.^[9] Con varias décadas de injerencias extranjeras, incluyendo las ocupaciones militares de los Estados Unidos y la OTAN que comenzaron en el 2001, estos dos países han sido sometidos a la destrucción de su infraestructura, la privatización de sus economías, la interferencia gubernanza y misiones militares que han matado y torturado más de un millón de personas.^[10] Estas intervenciones son mejor descritas como imperialista, finalidades por Said como “la práctica, la teoría y las actitudes de un centro metropolitano dominante que gobierna territorios distantes.”^[11] Entonces, el imperialismo fronterizo representa la extensión e imposición del poder occidental, con las dinámicas de un imperio global que mantiene relaciones de desigualdad de lo político, económico, cultural y dominancia social del occidental sobre sus colonias.

El imperialismo fronterizo no sólo hace posible la transgresión y violación de la autonomía de comunidades no occidentales para mantener los intereses del imperio occidental, pero también niega cualquier responsabilidad por sus víctimas. Por ejemplo, a pesar de su retórica incesante de la intervención humanitaria, la cual el geógrafo político Derek Gregory caracteriza como “el guante de terciopelo envuelto en el puño de hierro del colonialismo,” los Estados Unidos solo acepto 328 refugiados de Afganistán en el 2009.^[12] Esta cifra es extremadamente baja, y aún más al considerar la directa responsabilidad de los Estados Unidos en Afganistán, en donde la mayoría de los refugiados cruzaron a países limítrofes como Pakistán e Irán.^[13] Pero, contrariamente a la creencia popular sobre la generosidad y apertura a los refugiados del occidental, más del 80 por ciento de los refugiados mundial viven entre países vecinos del hemisferio sur.^[14]

El capitalismo es otra causa fundamental sobre el desplazamiento masivo y la migración. Un ejemplo notable sobre el impacto de la movilidad capitalista en las tendencias migratorias en Norteamérica son los efectos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) de 1994, que ha desplazado millones de mexicanes, y las fortificaciones paralelas contra los migrantes de la frontera México-Estados Unidos. Bajo TLCAN, el gobierno mexicano fue forzado a eliminar los subsidios del maíz y al mismo tiempo dejando intacto los subsidios del maíz producido en Estados Unidos, y, por lo tanto, haciendo que el maíz estadounidense fuera más barato para comprar que el maíz mexicano dentro de México. Como resultado, más de 15 millones de mexicanes fueron arrastrados a la pobreza, y 1.5 millones de los campesinos que perdieron sus granjas migraron a los Estados Unidos para trabajar en sectores de bajos salarios.^[15] El Profesor William Robinson resume esta dinámica: “La circulación transnacional del capitalismo y las privaciones y perturbaciones que causa, por su parte, generan la circulación transnacional de las labores. En otras palabras, el capitalismo mundial crea a los trabajadores inmigrantes... en cierto sentido, esto debe ser visto como migración forzada, ya que el capitalismo mundial ejerce violencia estructural sobre la población general y hace imposible que ellos puedan sobrevivir en sus países.”^[16]

Aunque estas condiciones empujan a millones de mexicanos a trabajar en los Estados Unidos por bajos salarios, la migración de México al suroeste de Estados Unidos (sí mismo anexado ilegalmente como territorio desde 1846) está hecho peligroso. Parecida a la hospitalidad con los refugiados afganes e iraquíes, los mexicanos desplazados enfrentan una frontera muy fortificada. "Nunca pensamos estar en el negocio de ayudar a identificar a los cuerpos como en una zona de guerra, y aquí estamos", dice Isabel García, copresidenta de la Coalición de Derechos Humanos en Tucson.^[17] Desde que millones de dólares fueron utilizados para la Operación Gatekeepers que aumenta el número de patrullas fronterizas y la vigilancia en la frontera de México y Estados Unidos, la cual fue puesta en práctica el mismo año que TLCAN, la Unión Americana de Libertades Civiles estima que 5,600 migrantes han muerto mientras intentaban cruzar esa frontera^[18]

La geógrafa y sociología, Mary Pat Brady, describe las muertes fronterizas como "un tipo pasivo de pena capital" donde "los inmigrantes han sido culpados efectivamente por sus propias muertes."^[19] En particular, las mujeres son vulnerables a la violencia sexual en la frontera. Según un representante de la sección de Latinoamérica y el Caribe del Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para las Mujeres, por lo menos 60 a 70 por ciento de las mujeres migrantes e indocumentadas que cruzan la frontera, han pasado por abuso sexual.^[20] La falta de libertad para los inmigrantes y la concurrente libertad de la capital transfronteriza es un elemento definidor de la guerra constante del imperialismo fronterizo. Por ejemplo, inmediatamente después del atentado del 11 de septiembre de 2001, el gobierno canadiense y estadounidense firmaron la Declaración de Frontera Inteligente para asegurarse que las restricciones fronterizas sobre la migración no menoscaba en la necesidad económica en garantizar la libre circulación de bienes, servicios y capitales a través de la frontera.

Estos instantes demuestran cómo los desplazamientos masivos y migraciones precarias no son aleatorias, sino más bien, en gran parte resultado de las imposiciones estructurales. Dentro del imperialismo fronterizo, el doble proceso del despojo y migración se fabrican mediante las trayectorias específicas del colonialismo y el capitalismo. Wark se refiere a la injusticia del sistema que crea el desplazamiento y la migración: "La migración es la globalización desde abajo. Si el mundo hipertrofiado se niega a comerciar con el mundo subdesarrollado en términos justos, a perdonar la deuda, a conceder préstamos y a levantar las barreras comerciales contra la comida y bienes manufacturados, entonces solamente puede haber un aumento en el flujo de personas."^[21] El imperialismo fronterizo también ilumina el mejoramiento de estas migraciones. El geógrafo político Reece Jones, documenta como, bajo el pretexto de combatir la "migración ilegal" y "el terrorismo," tres países por sí solos -- los Estados Unidos, India, e Israel -- han construido más de 3,500 millas de muros por sus fronteras.^[22] Los controles fronterizos son usados para impedir que aquellos que solo tienen la opción de migrar por el despojo de sus comunidades y economías a causa de haberle concedido una licencia libre al capitalismo y ejércitos.

El capitalismo destruye la cultura de agricultura de subsistencia y concentra la riqueza y la propiedad en las manos de muy pocos. La producción a través del capitalismo está desconectada de las necesidades de las personas, la creatividad colectiva y el mundo natural -- todo lo cual se convierte en comodidades que serán compradas y vendidas en el mercado. Como el dominante sistema económico global, el capitalismo está basado en un modelo de

propiedad privada, la producción con fines de lucro, el trabajo asalariado y la propiedad privada sobre los medios de producción y distribución. En Inglaterra, durante la revolución industrial a finales del siglo XVIII, los campesinos fueron desplazados de sus tierras de cultivo y forzados a migrar a ciudades y trabajar sueldos inadecuados en industrias privadas. La globalización neoliberal capitalista, la formación actual del capitalismo, intensifica estos procesos de desplazamiento y empobrecimiento

Una característica central del neoliberalismo es la creciente movilidad del capital a través de las fronteras. La movilidad del capital es ayudada por la naturaleza multinacional de las empresas, que desafían y evaden las normativas laborales y fiscales a través de la subcontratación, la externalización y los sistemas bancarios transnacionales. Los regímenes económicos mundiales como los acuerdos comerciales multilaterales y los programas de ajuste estructural también facilitan la movilidad del capital al imponer medidas tales como la privatización, recortes de austeridad y servicios sociales de usuario paga.

Cuando garantizan el flujo de capital, el neoliberalismo simultáneamente garantiza la flexibilidad laboral. El trabajo asalariado es cada vez más sinónimo con la flexibilización laboral, que requiere la creación de un grupo de trabajadores precarios. El trabajo precario es caracterizado por sueldos bajos, inseguridad en la continuación del trabajo y la falta de protección incluso para las regulaciones de labor mínima. La labor casual, de medio tiempo y bajo contrato --- los cuales han sido llamados como la "walmartización" de labor -- son estratificados cada vez y alejados de las formas de empleo más seguras y formales, y en vez son estratificados hacia la servidumbre contratada y trabajos de maquiladora. La precariedad de la organización laboral y social son ligados y cíclicos: el capitalismo requiere trabajadores explotables y precarios para facilitar la acumulación capitalista, y crea esas vidas precarias a través de las jerarquías de agresiones sistemáticas junto con su extracción del labor y la tierra. Como se explica más adelante en este capítulo, una característica fundamental del imperialismo fronterizo dentro del neoliberalismo es poder facilitar el flujo de capital a través de las fronteras y que también asegura la flexibilidad laboral al legalizar la fuerza de trabajo ilegal de migrantes.

Los análisis del capitalismo generalmente han ignorado el papel central de la tierra y la colonización de las sociedades indígenas durante el desarrollo del capitalismo. En la teoría de la acumulación primitiva por Karl Marx, los modos de producción capitalista requieren explícitamente la conquista, la esclavitud y el desplazamiento de comunidades de sus tierras. Glen Coulthard, un escolar indígena, dice que el colonialismo "abrió forzosamente lo que antes eran colectivos de propiedades y recursos para la privatización (desplazamiento), que, con el tiempo, llegó a producir una 'clase' de trabajadores obligados a entrar un ámbito laboral explotador para su sobrevivencia (proletización).^[23] Los intereses coloniales y capitalistas continúan a expropiar las tierras indígenas, desplazando las naciones indígenas de sus bases territoriales y medios de vida, particularmente entre pero no limitado a los estados coloniales. Dentro de Canadá ha habido un empuje reciente para convertir terrenos reservados de propiedad comunal -- lo cual los capitalistas se refieren a esto como "capital muerto" -- en honorarios simples de propiedad privada.^[24] Esta privatización de las tierras indígenas aseguraría tanto los intereses del estado colonial en la extinción del título aborigen, e intereses capitalista-corporativo extraer y mercantilizar los recursos naturales.

Dicho análisis revela la conexión crítica entre el estado occidental y el capitalismo, con el estado sirviendo como instrumento fundamental para acumular el capital. A diferencia de lo que sugieren algunos analistas en que la jurisdicción del estado occidental se está hundiendo bajo el poder de las corporaciones multinacionales, me atrevería a decir que el estado no se está demorando bajo la globalización transnacional capitalista. El estado, junto con sus formas de gobernanza que incluye el imperialismo fronterizo, está evolucionando para continuar a satisfacer las necesidades de la expansión capitalista por medio de medios flexibles de la gobernanza y acumulación.

El estado mantiene una infraestructura económica para el flujo capital, incluyendo el mercado de valores, las normativas fiscales y los sistemas bancarios. El estado también crea los marcos políticos y jurídicos que protegen la propiedad privada, permite el reconocimiento de las corporaciones como entidades jurídicas, sanciona la extracción y mercantilización de los recursos naturales, y garantiza el apoyo para disciplinar la fuerza laboral. El analista financiero Mike Konczal describe esto sucintamente: "Cuando el estado interviene en el funcionamiento de los mercados, no lo hace para rectificar las injusticias, pero para seguir creando y manteniendo el rigor de la propia economía."^[25] Por lo tanto, el estado occidental puede ser caracterizado por la organización, facilitación y, en muchos instantes, el reforzamiento del capitalismo.

Por ejemplo, la economía canadiense se basa principalmente en la expropiación de los recursos naturales internos, mientras que el nexo corporativo--estatal también se beneficia de los proyectos capitalistas de desarrollo que son impuestos globalmente. Las corporaciones mineras de Canadá, que representan 75 por ciento de las empresas mineras y prospección del mundo, son protegidas y habilitadas por el estado canadiense en Asia, África, Latinoamérica y el Caribe, a pesar de haber sido responsables por, y en algunos casos acusados de, la destrucción del medio ambiente, violaciones de los derechos humanos y laborales y el desplazamiento forzado de las comunidades aledañas^[26].

Asimismo, las corporaciones multinacionales son bienvenidas por el gobierno canadiense para explotar y explorar las arenas de alquitrán, el proyecto industrial más destructivo para el medio ambiente del mundo que impacta desproporcionadamente las naciones indígenas. En un documento remitido a las Naciones Unidas, la Alianza Indígena De Yinka Defé escribe, "El gobierno canadiense ha indicado que está contemplando ejecutar un proyecto que violaría nuestros título aboriginal y nuestros derechos... Es bastante obvio que el gobierno canadiense ya ha tomado una decisión para concretar este proyecto independientemente de los graves efectos adversos hacia los pueblos y tierras indígenas y sin su consentimiento libre e informado."^[27]

En los estados pobladores-coloniales como Canadá y los Estados Unidos, la invasión de las tierras indígenas se ve agravada por los intentos de genocidio para subyugar la gobernanza indígena y asimilar las culturas indígenas. Jennifer Nez Denetdale, una investigadora indígena de la tribu Diñé, nota como las mujeres indígenas han sido intencionalmente atacadas. "La violación y prostitución de las mujeres indígenas" según ella, fue "integral para la conquista colonial" así como "la imposición de la formación del estado moderno."^[28] Estas aniquilaciones de las sociedades indígenas es justificada a través de discursos racistas y civilizatorias, tal como la doctrina del descubrimiento y *terra nullius*, que

sostienen los derechos políticos y jurídicos de los poderes coloniales para conquistar tierras indígenas que supuestamente son terrenos áridos.

Del mundo entero, las comunidades indígenas están en la vanguardia de la resistencia del desplazamiento mientras se enfrentan a la peor parte del desplazamiento, particularmente de las zonas rurales a los centros urbanos. La privatización privada y neoliberalismo de la agricultura de la subsistencia ha resultado en la pérdida de terrenos rurales para millones alrededor de Asia, África y Latinoamérica. Estos desplazamientos traen un gran número de gente a los centros de capital para poder sobrevivir. Obligados a soportar la pobreza extrema y estigmatización, las personas desplazadas componen la masa en barrios marginales urbanos y vecindades de bajos ingresos. Las cifras de las Naciones Unidas revelan que, en el 2005, había más de un billón de habitantes de barrios marginales a través del mundo.^[29] Las mujeres son sobrerrepresentadas en estas cifras, son obligadas a entrar a la economía informal del comercio sexual, trabajo doméstico y ventas ambulantes. Esto es lo que el imperialismo fronterizo, integrados con el colonialismo y capitalismo, engendra.

Las Islas Canarias, frente a la costa de Marruecos, son convergencia crítica del desplazamiento colonial, el trabajo forzado, la circulación capitalista y la seguridad fronteriza dentro del imperialismo fronterizo. España colonizó los guanches, indígenas de las islas canarias, en los siglos XV y XVI, e impusieron una economía de plantación que utilizaba el trabajo forzado para producir la caña de azúcar y cochinilla como cultivos comerciales. Hoy en día, como las regiones ultraperiféricas de la Unión Europea, estas islas son una importante puerta de entrada a Europa para les migrantes africanes. Les migrantes de las regiones occidentales de África -- nacidos de un legado de esclavitud, las guerras civiles que son aportados por los intereses geopolíticos occidentales, y el reparto colonial de África -- huyen hacia las islas canarias cada año en decenas de miles. Esta ruta migratoria es una de las más peligrosas y fuertemente patrulladas del mundo, y según un funcionario español, se estima que 40 por ciento de aquellos que intentan este viaje migratorio mueren en la ruta.^[30] De acuerdo con cifras conservadoras citadas por la Cruz Roja, aproximadamente mil quinientos migrantes murieron al intentar llegar a las Islas Canarias en sólo un periodo de cinco meses en el 2005.^[31]

La seguridad fronteriza no opera en un sitio fijado, sino en estructuras y tecnologías de poder a través de la geografía. En las Islas Canarias y en todo Europa, la frontera es empujada hacia el exterior para asegurar una frontera externa alrededor lo que se llama 'la Fortaleza Europea.' Creada en 2004, Frontex es una agencia regulatoria de la Unión Europea encargada de la seguridad integrada de las fronteras y la fortificación de la frontera externa de la Unión Europea. Como lo señaló el filósofo marxista, Étienne Balibar, "Las fronteras están vacilando... ya no están en la frontera," y las medidas de seguridad, incluyendo aeronaves militares, trabajan offshore, es decir en el extranjero, para desalentar a les migrantes que quieren irse de África.^[32] Por lo tanto, el imperialismo fronterizo excluye a les migrantes a través de la difusión de la jurisdicción del estado más allá de sus fronteras territoriales. La organización europea, United for Intercultural Action, ha documentado la muerte de 16,264 refugiados en Europa, la mayoría ahogados en el mar y asfixiados en el interior de un contenedor.^[33] Como las muertes migrantes en la frontera de México-Estados Unidos, este número representa el rostro humano de las políticas de la militarización fronteriza a medida de que las personas se ven obligados a buscar rutas más clandestinas y peligrosas.

La crisis ecológica es otra reciente manifestación de cómo el capitalismo impulsa la migración. Según la estadísticas de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, en el año 2020 habrá más de cincuenta millones de refugiados climáticos desplazados por los desastres inducidos por el clima incluyendo las sequías, la desertificación y las inundaciones.^[34] Se ha documentado ampliamente que el cambio climático está directamente relacionado con el carbón y los gases de efecto invernadero, con los países industrializados, las economías basadas en el consumo como los Estados Unidos, Australia, el Reino Unido y Canadá que exceden las emisiones por habitante y la consumo de emisiones por habitante.^[35]

Tuvalu es una de docenas de países insulares de baja altitud del Pacífico que están amenazados con la inmersión por causa de los cambios climáticos y el calentamiento global causa que los niveles oceánicos aumenten dramáticamente. Desde el 2007, el gobierno de Tuvalu ha insistido a varios países en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático en Kyoto y a la Asamblea General de las Naciones Unidas que acuden al inminente desastre en Tuvalu. Más de un quinto de los tuvalu años han sido obligados a huir de su país, muchos de ellos se han refugiado en países vecinos llenos de pobreza como Fiji y otros en Nueva Zelanda.^[36] Aunque Tuvalu tenga las emisiones por habitante (19.6 toneladas de dióxido de carbono por persona) más altas del mundo, su vecino, Australia, ha negado hasta ahora aceptar a los tuvaluanos como refugiados climáticos.^[37] De nuevo, el imperialismo fronterizo sigue negando justicia para los migrantes quienes son sus propias víctimas.

Los efectos del colonialismo y capitalismo occidental han creado políticas económicas que obligan a las personas a desplazarse, y, sin embargo, el occidental niega su culpabilidad y responsabilidad por los migrantes desplazados. Liz Fekete del Instituto de Relaciones Raciales resume el argumento contra las líneas fronterizas que normalizan las medidas proteccionistas que presenta el occidental: "Esto no es un mundo separado. La globalización no es un mundo separado. Yo estoy usando las palabras 'primer mundo' [y] 'tercer mundo' para entrar el argumento de manera fácil, pero son una mentira -- hay un solo mundo y sistema económico. Y ese sistema económico está dominado por Europa, los Estados Unidos y Japón. Este sistema económico está creando estos desplazamientos masivos de gente, y está arrastrándose por el mundo."^[38] El imperialismo fronterizo, marcado por los desplazamientos forzados y migraciones peligrosas de las periferias rurales hasta los centros urbanos y también dentro y a través de las fronteras estatales, está inextricablemente vinculada a las circulaciones globales del capital y el dictado imperial del occidental, aun cuando el occidental se sella contra estos órganos.

La Criminalización y la Cadena Carcelaria

Nota: nota: ilegal se usa en el texto original, pero alentamos a las personas a usar "indocumentados" cuando hablen del capítulo en sus grupos o de inmigrantes indocumentados en general.

El segundo proceso definitorio del imperialismo fronterizo es la criminalización de la migración y la construcción deliberada de los inmigrantes como ilegales y extranjeros. La celebración del multiculturalismo de los gobiernos occidentales por su cuidadosamente seleccionada (la clase profesional y inversionista) diáspora existe en paralelo a lo que el investigador de migración, Peter Nyers, llama "deportspora" -- un grupo más grande y diverso

de migrantes.^[39] Según las cifras de las Oficina de Inmigración y Aduanas de EE.UU, bajo el Presidente Barack Obama, las deportaciones dispararon a un total de 1.4 millones de personas.^[40] Como escribe la investigadora y autora Anna Pratt, “La detención, la deportación y las fronteras son tecnologías claves en la continuación de procesos que ‘forman’ los ciudadanos y gobiernan las poblaciones.”^[41]

Los migrantes, especialmente los inmigrantes indocumentados o solicitantes de asilo que llegan de manera irregular son castigados, encarcelados y deportados por el mismo acto de migración. Entre los discursos comunes, la víctima de este acto criminal es el estado y la presunta agresión está en sus propias fronteras. El estado se convierte en una entidad tangible, con su propio personaje y límites que no deben de ser violados. Butler describe el control policial del estado y su sujeto nacional como una “agresión implacable” y proyecto “masculinista.”^[42] Dentro de este concepto de la sexualización de la nacionalidad, las fronteras son engendradas como necesidades de protección, o como lo pone la teórica cultural Katrina Schlunke, “costas vulnerables que deben permanecer intactos y asegurados contra la amenaza de penetraciones pendientes por extraños.”^[43]

Al invocar al propio estado como una víctima, los mismos migrantes son presentados como ilegales y criminales que están cometiendo un acto de abuso sobre el estado. Los migrantes se convierten en prisioneros de pasaje; su migración sin autorización es considerada una infracción, y su propia existencia es criminalizada.

En una representación contundente, uno de los centros de detención principales en Canadá es el Centro Canadienses de Prevención de Inmigración (Laval). Los migrantes no son vistos por su humanidad, pero como un problema que debe ser prevenido, impedido, administrado, y contenido. Los migrantes se convierten en estereotipos por parte de los políticos, la prensa, y entre la conciencia popular mientras riadas de gente de por “allá”, quienes son “plagados de enfermedades,” “fraudulentos” o “amenazas de seguridad.” Estas narrativas respaldan los pánicos morales sobre “manteniendo las fronteras seguras y protegidas” sobre los migrantes pobres y racializados.

Los regímenes de detención de migrantes son un elemento fundamental de la construcción del estado occidental y su afirmación constitutiva de los controles fronterizos. Según una investigación realizada por el Global Detention Project, “La detención asociada con la migración es la práctica de detención -- normalmente por motivos administrativos (a diferencia de los motivos criminales) -- los solicitantes de asilo y los migrantes irregulares... los migrantes detenidos se enfrentan a incertidumbres jurídicas, incluso la falta de acceso al mundo exterior, las posibilidades limitadas sobre las impugnaciones de la detención a través de los tribunales, y/o la consignación de limitaciones sobre la duración de la detención.”^[44]

Las prácticas de encarcelamiento y expulsión suelen compartirse a través de los estados occidentales, delinean zonas de exclusión y marcan a quienes consideran indeseables. El filósofo y teórico social Michel Foucault sostiene que “no deberíamos... preguntarle a los sujetos como, porque, y bajo qué derechos ellos pueden ponerse de acuerdo en ser subyugados, pero mostrando cómo las relaciones reales de subyugación fabrican los sujetos.”^[45] Las palabras de Nader, un solicitante de asilo iraní que se encuentra en un centro de detención canadiense por más de seis años, arroja luz sobre las estructuras de subyugación: “la duración de mi detención no se ha basado en alguna evidencia que soy “una amenaza para

la seguridad nacional” o que mi libertad constituye un ‘riesgo para la seguridad pública.’ Sin embargo, he soportado el trauma psicológico del confinamiento y el sufrimiento emocional y la ansiedad por estar separado de mi hijo, quien desde entonces ha sido concedido asilo en Canadá.”^[46]

Los centros de detención migratoria son parte de la ampliación del sistema penitenciario. En los Estados Unidos, los migrantes indocumentados constituyen una de las poblaciones penitenciarias de mayor crecimiento con más de doscientos centros de detención, lo que representa un aumento de 85 por ciento en espacios de detención, y aproximadamente tres millones de detenciones desde el 2003.^[47] Las mujeres migrantes detenidas en los Estados Unidos reportan abusos constantes por guardias varones incluso la práctica de encadenar las detenidas embarazadas.^[48] La deslocalización de los centros de detención a islas remotas en Australia y la condenación internacional de la obligatoria-detención-primero-política ha resultado en un promedio de tres incidentes de intenciones de autolesiones por día, así como huelgas de hambre y motines carcelarios.^[49] Organizaciones legales y grupos de refugiados han llamado a esta grave situación de seis mil detenidas en centros de detención en Australia una “emergencia nacional.”^[50] Canadá detiene aproximadamente nueve a quince mil migrantes cada año, más de un tercio de quienes han sido detenidas en prisiones provinciales.^[51] Una nueva ley canadiense ha introducido detenciones obligatorias de muchos refugiados incluso a los niños mayores de 16 años. En Canadá, las mujeres migrantes en detención reportan haber sido negadas servicios básicos como el acceso a servicios de traducción que son presentados a los hombres.

A algunas millas de distancia, Israel está construyendo el centro de detención más grande del mundo. Con una capacidad de ocho mil personas, este centro de detención está dirigido al encarcelamiento de los solicitantes de asilo eritreos, sudaneses, y otros africanos que son considerados infiltrados en la reciente modificación de la Ley de prevención de la infiltración de 1954. Por “amenazar con cambiar el carácter del estado,” los refugiados pueden ser detenidos sin juicio por un periodo de tres años, e incluso podrían ser detenidos indefinidamente.^[52] Como parte de la lógica sionista para mantener Israel como un lugar de exclusividad para judíos, esta ley fue pensada originalmente para encarcelar a los refugiados palestinos que estaban regresando a sus hogares después del Al-Nakba de 1948. Entonces, al mismo tiempo esta ley criminaliza a los palestinos que desafían el desplazamiento y la ocupación ilegal de sus territorios patrios mediante la afirmación de su regreso, así como a los refugiados africanos que huyen del imperialismo occidental y la pobreza estructural. Al trazar los vínculos entre estas formas paralelas de la expulsión y exclusión, el comentarista palestino Ali Abunimah, observa sobre la segregación israelí, “Los palestinos y africanos son una ‘amenaza’ simplemente porque viven, respiran.”^[53]

El objetivo sistemático del imperialismo fronterizo ilumina como las prácticas estatales de la detención de migrantes genera enormes beneficios empresariales. A pocas semanas después del 9/11, Steve Logan, el director ejecutivo de la ex-empresa encarcelaron Cornell Corporations, que ahora es propiedad de GEO Groups, les dijo a los analistas de valores, “Está claro que, desde el 11 de septiembre, hay un mayor enfoque sobre la detención, tanto en las fronteras y en los EE. UU... lo que estamos viendo es un mayor escrutinio sobre asegurando las fronteras... más gente va a conseguir ser atrapada. Entonces, yo diría que eso es

positivo.”^[54] Compañías que operan prisiones y centros de detención privados han hecho más de 5 billones de dólares en ganancias anuales combinados en los Estados Unidos en la última década. Según Detención Watch Center, cinco corporaciones de prisiones que tienen contratos con la Oficina de Inmigración y Aduanas de EE.UU han invertido veinte millones de dólares en actividades de cabildeo.^[55] La polémica ley antiinmigrante de Arizona SB 1070, que legaliza la discriminación racial basada en “la sospecha de ser un inmigrante ilegal,” se redactó durante una reunión entre legisladores estatales y Corrections Corporation of America, la corporación de prisión privada más grande de los Estados Unidos.^[56]

Esto es parte de lo que Naomi Klein llama, “un estado de seguridad privada, tanto en casa y en el extranjero,” al describir cómo la guerra contra el terrorismo ha maximizada la rentabilidad para los mercados de valores.^[57] En este mercado lucrativo de la detención de los migrantes y la aseguración de la frontera, el valor de las exportaciones israelíes en las tecnologías de seguridad casi se ha cuadruplicado.^[58] Un ejemplo notable es el contrato sobre el muro fronterizo entre los Estados Unidos y México al ir a un consorcio de compañías incluyendo Elbit. Uno de los fabricantes de productos electrónicos de defensa más grande del mundo y el primer fabricante de armas para Israel, Elbit también tiene un contrato para la detección electrónica a lo largo del muro ilegal de segregación en Palestina.^[59] La aseguración estatal de las fronteras y las ganancias empresarias sobre las detenciones de migrantes son las prácticas de las democracias imperialistas, lo cual la teórica poscolonial feminista Chandra Talpade Mohanty describe cómo esas prácticas que son sostenidas por “militarizados y asegurados estados nacionales,” donde ‘la militarización de las cultura está vinculada a los valores capitalistas neoliberal.^[60] De nuevo, el estado y el capitalismo están en alianza mutua: la criminalización estatal de los migrantes sirve como base a las ganancias capitalistas en el mercado de valores.

El narrativo de “ser duro con los ilegales,” que justifica el aumento de patrullas fronterizas, la armanza de los guardas fronterizos, y los programas vigilantes como “los Minutemen” en los Estados Unidos o las líneas de deportaciones en Canadá, no es nuevo ni único. Tal narrativas y prácticas materiales están relacionadas con aquellas quienes las precedieron, incluso la narrativa de “ser duro con el crimen” que desplegó en los 1980s, y la más reciente retórica de “ser duro contra el terrorismo.” Estos discursos han justificado la sobrevigilancia y sobrepoblación penal de la gente Indígena, Negre, les trabajadores sexuales, la gente sin hogar, les musulmanes, y les migrantes de color.

El encarcelamiento de las mujeres, lo cual pasó casi desapercibido, ha aumentado drásticamente durante las últimas dos décadas. Como el carcelero más grande del mundo, los Estados Unidos, con tan solo 6 por ciento de la población mundial pero 35 por ciento de la población encarcelada mundial, ha aumentado el índice de mujeres encarceladas por 832 por ciento por más de tres décadas.^[61] La tasa de mujeres Negres encarceladas en los Estados Unidos ha crecido 828 por ciento en el curso de cinco años, y ahora las mujeres Negres constituyen la mitad de la población carcelaria femenina.^[62] En el oeste de Australia, el número de mujeres encarceladas duplicó entre los años 1995 y 2001, donde las mujeres indígenas representan 54 por ciento de la población carcelaria femenina pero sólo representa 2 por ciento de la población estatal.^[63] En Canadá, la representación carcelaria de las mujeres indígenas ha

crecido por casi 90 por ciento durante la última década y ha sido declarada “una verdadera crisis.”^[64]

A pesar de haber sido informado por diferentes lógicas, la encarcelación de todos estos “indeseables” es interrelacionado. Los centros de detención, las prisiones, los centros de torturas secretas, los centros de detención juvenil, y los centros de interrogación son parte del complejo industrial penitenciario. Como señala la ex prisionera política y abolicionista Angela Davis,

La indigencia, el desempleo, la drogadicción, la enfermedad mental, y el analfabetismo son solo uno de pocos de los problemas que se desaparecen de la vista pública cuando los humanos que se enfrentan con ellos están relegados a las jaulas... Teniendo en cuenta las similitudes estructurales de los eslabonamientos negocios-gobiernos en los ámbitos de la producción militar y el castigo público, la ampliación del sistema penal ahora puede ser caracterizado como un “complejo industria penitenciaria.”^[65]

Foucault explica la expansión de las prisiones como la autoperpetuación del poder: la constante creación de las prisiones para que el estado pueda seguir ejercitando el poder obligatorio y disciplinario. Él describe esto como la red carcelaria, una red inescapable y una red internalizada de “discursos y arquitectos, regulaciones comerciales y proposiciones científicas, efectos sociales reales y utopías invencibles, programas para corregir a los delincuentes y los mecanismos que fortalecen la delincuencia.”^[66]

La construcción sobre los ilegales entre el imperialismo fronterizo es parte de una lógica que construye desviantes para mantener el poder estatal, las ganancias excesivas del capitalismo, y las jerarquías sociales. Dentro de las narrativas ordinarias, los criminales nunca son imaginados como políticos, bancarios, criminales corporativos, o criminales de guerra, pero viven como gente racializada viviendo en la pobreza. La palabra criminal resulta ser sinónimo con los estereotipos deshumanizantes sobre los guetos, los beneficiarios de asistencia social, los drogadictos, los trabajadores sexuales y los jóvenes pandilleros. Del mismo modo, el término ‘ilegales’ es imaginado como referente a los migrantes pobres de color, aunque frecuentemente, muchos turistas blancos permanecen en el país ilegalmente después de expirar sus visas. Como Davis escribe, “En pocas palabras y sin importar quién o quién no ha cometido un crimen o una pena, pueden ser vistos más como una consecuencia de la vigilancia racializada.”^[67] En Norteamérica, podemos ver los innumerables homicidios de los hombres Indígenas y Negres a manos de la policía, como Dudley George y Oscar Grant, y también la más reciente detención ilegal de más de ochocientos hombres y niños Musulmanes en la Bahía de Guantánamo para así poder entender cómo estos cuerpos son disciplinados y vistos como “sospechosos” mucho antes de un supuesto delito haber sido cometido.

Por lo tanto, el control social y la criminalización que declina la red carcelaria y que desaparece a los indeseables es frecuentemente invisible, y al mismo tiempo arraigado a la creencia colonialista y racista, que el encarcelamiento es una respuesta legítima para las

comunidades que son construidas y caracterizadas *innata* por ser ilegales, criminales, terrorista, o amenazas.

Las Jerarquías Racializadas

La tercera estructuración en el imperialismo fronterizo es la jerarquía racializada de la identidad nacional e imperial, que se afianza y forma el entendimiento de la ciudadanía y pertenencia al estado nacional también dentro de la red del imperio global.

La racialización está incluido en los procesos sociales, políticos, económicos, e históricos que utilizan las distinciones raciales esencialistas y monolíticas para construir comunidades diversas de color. La blancura como una estructura dominante que es más de una identidad puede escapar estas distinciones de la identidad y al mismo tiempo determinando las discriminaciones raciales de otros. La persistente centralidad de la blancura proviene de la supremacía blanca, lo cual los facilitadores del taller Challenging White Supremacy (Desafiando la Supremacía Blanca) definen como “un sistema perpetuado institucionalmente y históricamente basada sobre la explotación y opresión de los continentes, las naciones, y la gente de color por la gente y naciones blancas... por el propósito de mantener y defender un sistema basado en la riqueza, el poder, y el privilegio.”^[68] Términos como “la igualdad racial” y “la diversidad multicultural” son descritos por la antropóloga Elizabeth Povinelli como la óptica de las democracias liberales que desfilan “las diferencias sociales sin consecuencias sociales” convirtiéndose en efectivos abrigos daltónicos para el mantenimiento de la jerarquía racial que sitúa la blancura como previsor y hegemónico dentro de la construcción del estado, el imperio global, y el imperialismo fronterizo.^[69]

La discriminación racial ha recibido mucha atención después del discurso del 9/11, pero debe ser visto parte de los fenómenos de la supremacía blanca global y la racialización que respalda el imperialismo fronterizo. La racialización permite que las condiciones de los estereotipos raciales sean inscritas en los individuos racializados como una distinción inherente de su comunidad racial. Yasmin Jiwani de Investigadores y Académicos de Color para la Equidad escribe,

La realización de estos *otros* es mantenido y comunicado a través de un enfoque en la inferiorización, la desviación y naturalización sobre la diferencia. Mientras que las formas explícitas del racismo ya no sean toleradas por el estado liberal, el racismo daltónico, la retórica institucional y a través de la medicación de inferencias, las tonalidades, y modalidades culturalizadas, los enfoques sobre la diferencia como el sitio de la abyecta y la desdeña.^[70]

Por ejemplo, la islamofobia tras el 11 de septiembre se basa en la habilidad de designar y vilificar a los “doble” ciudadanos (como Canadiense Árabe e Musulmán Americano) como una potencial amenaza terrorista, rindiendo cada Musulmán, Árabe, e/o Surasiático como otros eternos y extraños al estado. La masacre ocurrida en Noruega en 2011 cometida por Anders Behring Breivik y la balacera en 2012 cometida por Wade Michael Page en Oak Creek gurdwara en Wisconsin fueron considerados actos de hombres blancos “solitarios”, en vez de

una denuncia a la blancura, la supremacía blanca, y la cultura libertaria de la derecha. Como el comentarista Juan Cole bloguea, “Les terroristas blancos son eventos aleatorios como los tornados. Otros terroristas son conspiraciones prolongadas. Les terroristas blancos nunca son llamados ‘blancos.’ Pero a otros terroristas se les da una afiliación étnica.”^[71]

La teórica Sherene Razack alega que el pensamiento racial no sólo ejemplifica a la gente racializada como merecedores de otro tipo de humanidad, pero también los construye como otro tipo de humanidad.^[72] Esta expulsión fuera del estado no es nueva ni única; es evidente en las experiencias de la segregación, el internamiento de los japoneses-canadienses y japoneses-americanos, la guerra contra el narcotráfico, y el sistema de reservas. Estas experiencias vividas de ser ‘otro’ son formadas por imaginaciones sobre quién merece protección *del* estado porque ellos representan la identidad nacional, y quien enfrenta la violencia *por* el estado porque sus cuerpos no son considerados una pertenencia. Las estructuras materiales del estado occidental han matado, torturado, ocupado, violado, encarcelado, violado, internado, robado tierra de, saqueo, introducido drogas y alcohol en, robado niños de, sancionada la violencia sobre, negado servicios públicos para, y facilitado la sobreexplotación de las comunidades racializadas.

Peligrosamente, el racismo está siendo cada vez más legitimado a través de los derechos, las libertades, y las protecciones retóricas para las mujeres. Las supuestamente causas feministas como el mito “peligro amarillo” y las recién justificaciones sobre la ocupación de Afganistán como una misión para liberar a las mujeres musulmanas son seductoras, y muchas feministas son implicadas en formando estos enfrentamientos de imperios racializados. La teoría poscolonial, Gayatri Chakravorty Spivak describe el apoyo hacia estas cruzadas civilizadoras como solidaridad feminista enmascarada como “hombres blancos salvando las mujeres morenas de los hombres morenos.”^[73]

Razack nota que tres figuras han llegado a simbolizar la guerra contra el terrorismo: el hombre musulmán peligroso, la mujer musulmana en peligro, y el europeo civilizado.^[74] Esta construcción racista y sexista se desarrolla hasta el cansancio en los medios principales donde el hombre musulmán representa la amenaza que el Islam representa a todas las mujeres musulmanas oprimidas, que carecen de la agencia en aceptar o desafiar sus religiones y culturas heterogéneas, y que deben ser rescatadas por la civilización blanca y progresiva.

La arquitectura de estas representaciones es una ideología intencional que normaliza la racialización y justifica sus impactos en los cuerpos racializados. Lejos de apoyar a las mujeres musulmanas, los ataques del islam por según ser fundamentalista, conservadora, bárbara, y heteropatriarcal se han dirigido cada vez más en el oeste contra las mujeres musulmanas para el escrutinio público, los crímenes de odio, y la vigilancia estatal. Un ejemplo de esto son los debates sobre, y en algunos casos las leyes que prohíben, el niqab a lo largo de Norteamérica y Europa, lo cual la investigadora Juanid Rana describe como un medio de “disciplinar los cuerpos en un orden imperial y racial.”^[75] La ropa de las mujeres musulmanas se convierte en una distinción racializada y engendrada que inmediatamente identifican sus cuerpos no solo fuera de los límites sociales de la^[76] blancura pero también perturbadora contra la lógica disciplinaria de adherencia y asimilación a la blanquitud, junto con su estético aceptable de como uno viste el cuerpo.

Las ansiedades sobre desacreditar la normativa heteropatriarcal y la blancura del estado están vinculadas con las justificaciones racistas de la violencia del imperialismo global económico y militar y la violencia del colonialismo local. La negación y violación racista sobre la autodeterminación indígena es parte del proyecto colonial para, por otra parte, aniquilar las comunidades indígenas a través de la violencia y, por otra parte, assimilarlos a través de los internados, las escuelas residenciales, y el control legislativo. En Canadá, hasta 1985, las mujeres indígenas que se casaban con hombres no indígena eran totalmente despojadas de su estatus legal como "indígenas" y perdían todos sus derechos correspondientes, tal como los derechos a vivir en la reserva, heredar los territorios familiares, y ser enterrado en tierra reservada. Como señala la erudita indígena Bonita Lawrence sobre tal política racializada y engendrada sobre el control de la población, "Para ser reconocido federalmente como indígena en Canadá o en los Estados Unidos, un Indígena debe cumplir con unas condiciones distintas de regulaciones gubernamentales."^[77]

Además de sancionar tal violencia estatal y social en sus fronteras, el racismo justifica las guerras imperialistas en el extranjero que matan, torturan, y desplazan millones de mujeres, niñez y hombres. La teórica Gargi Bhattacharyya alega que el discurso sobre el imperio racializado "permite la crueldad y masacre de las aventuras imperialistas -- porque estas personas no son como nosotros, no son gente, y su alteridad demuestra que son menos dignes, peligrosos y deben ser contenidos por cualquier medio posible."^[78] La lógica del racismo e inferioridad que conduce las guerras imperiales del occidental está vinculado a la lógica del racismo y exclusión en el oeste. Entonces, la racialización que anchilla la identidad nacional y la construcción del estado vuelve al punto de partida a través de un análisis de un imperio global y racializado y el imperialismo fronterizo.

La Precariedad del Labor

La cuarta y última estructura del imperialismo fronterizo es la explotación de la labor de los migrantes por intereses capitalistas. Mientras que muchos trabajadores de color generalmente ladean con el desempleo, bajos sueldos, y horas largas, los trabajadores sin ciudadanía legal constituyen una distinta categoría del labor en relación con el imperialismo fronterizo -- lo cual el autor Justin Akers Chacón describe como " el desplazamiento acompañando por la privación de derechos y la segregación interna en los países anfitriones."^[79] Los trabajadores sin ciudadanía legal incluye a los indocumentados, así como a los trabajadores migrantes temporales. Esta sección se enfoca en los trabajadores indocumentados y los trabajadores migrantes para llamar la atención sobre la constelación del capitalismo neoliberal globalizado, las jerarquías racializadas de la ciudadanía y la construcción estatal dentro del imperialismo fronterizo.

La Organización Internacional del Trabajo estima que hay ochenta y seis millones de trabajadores migrantes en todo el mundo.^[80] Para resaltar un patrón migratorio, los trabajadores migrantes son reclutados de áreas rurales en el sur el sudeste de Asia para trabajar en empleos de bajos salarios en la industria petrolera, el ámbito doméstico e industria de construcción en los estados del Consejo de Cooperación del Golfo (Bahrein, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos). Los trabajadores migrantes representan casi

el 40 por ciento de la población total en estos países, y en algunos países representan hasta el 90 por ciento de la población total.^[81] A rara vez, estos trabajadores se le otorga la ciudadanía a pesar de décadas de residencia. Además, se ven obligados a vivir en campos de trabajo; enfrentar abusos de rutina, incluso el robo de salarios y, en particular para los trabajadores domésticos, la violencia sexual; y de manera desproporcionada, enfrentan condenas de muerte en países, como Arabia Saudita, que practican la pena de muerte. Sus condiciones laborales son frecuentemente fatales.

En los Emiratos Árabes Unidos, aproximadamente novecientos trabajadores migrantes de la construcción murieron en 2004.^[82] Sahinal Monir, un trabajador inmigrante de Bangladesh en Dubái le dijo al periodista Johann Hari,

Para llegar aquí, te dicen que Dubái es el paraíso. Entonces llegas aquí y te das cuenta de que es el infierno... Tienes que transportar ladrillos de 50 kg y bloques de cemento en el peor calor imaginable... Te sientes mareado y enfermo, pero no te permiten descansar, excepto durante una hora por la tarde. Sabes que si dejas caer algo o si te resbalas, podrías morir. Si te tomas un tiempo libre por enfermedad, te reducen el salario... Nadie muestra su enfado. No puedes. Te ponen en la cárcel por un largo tiempo y luego te deportan.^[83]

Su experiencia es representativa de la precariedad de los trabajadores migrantes dentro del imperialismo fronterizo: las personas empobrecidas son obligadas a migrar a los centros del capital para sobrevivir y terminan soportando condiciones horribles de trabajo y vida, las cuales son apoyadas, y en muchos casos facilitadas, por el estado.

En Canadá y los Estados Unidos, los trabajadores migrantes son asociados con los programas infames como el programa Bracero de los Estados Unidos de las décadas de 1940 a 1960, el programa actual de visas H-2A para los trabajadores agrícolas en los Estados Unidos y el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales de Canadá. El trabajo de estos trabajadores migrantes ha asegurado miles de millones de dólares en ganancias para la agroindustria y es un importante subsidio para la economía. Los trabajadores migrantes temporales obtienen visas estatales por un período corto para trabajar para un empleado específico. La naturaleza de estos programas de trabajadores migrantes, que vinculan a los trabajadores con sus empleadores, ha sido descrita por los trabajadores como una forma de esclavitud moderna. Los trabajadores reciben salarios bajos (normalmente menos de lo mínimo) y sin pago de horas extras. Ellos trabajan largas horas en condiciones peligrosas, con frecuencia dejan atrás a sus familias, y regularmente permanecen cautivos por sus empleadores o contratistas que confiscan sus documentos de identificación.^[84]

A diferencia de los trabajadores migrantes temporales que llegan con visas presionadas estatales por los empleadores, los trabajadores indocumentados no tienen autorización legal para residir o trabajar en el país y, por lo tanto, no tienen un recurso legal (teórico) frente a la violencia y la explotación. Los migrantes, y a menudo sus hijos, como los DREAMERS en los Estados Unidos, son indocumentados porque cruzaron la frontera de manera irregular, fallaron una solicitud de asilo o sus visas se expiraron. Se estima que hay medio millón de indocumentados en Canadá y once millones de indocumentados en los Estados Unidos.^[85]

Muchos han trabajado, estudiado, vivido y construido una comunidad en Canadá y Estados Unidos durante generaciones.

A pesar de las diferencias en los dos regímenes legales, una característica definitoria de ambos es la falta de un estatus legal pleno y permanente. Esta carencia es exactamente lo que hace que la vida de los trabajadores migrantes e indocumentados sea insegura y precaria. Viven aislados con un acceso mínimo a los servicios sociales básicos, a pesar de pagarlos a través de sus impuestos, y son extremadamente vulnerables al abuso de los empleadores, ya que cualquier afirmación de sus derechos laborales puede llevarlos a la deportación por parte del estado. Como académica Nandita Sharma alega que, "La organización social de aquellos clasificados como no inmigrantes trabaja para legitimar la diferencia de los derechos y las prerrogativas a través de líneas de ciudadanía al legalizar la contratación de personas clasificadas como migrantes trabajadores... Su vulnerabilidad se encuentra en el corazón del proceso de acumulación flexible."^[86] En otras palabras, la negación estatal para la ciudadanía legal de estos migrantes asegura el control legal sobre la disposición de los trabajadores, que a su vez incorpora la explotación de su trabajo.

A pesar de la retórica contra la exclusión de los migrantes, no le conviene al estado ni a la capital cerrar la frontera a todos los migrantes. El activista y académico David McNally observa que "no es que las empresas globales no quieran el trabajo inmigrante al Occidente. Simplemente quiere este trabajo en sus propios términos: asustado, oprimido, vulnerable."^[87] En consecuencia, la violencia ejercida sobre aquellos cuerpos que han sido desplazados por la política exterior y comercial imperialista y capitalista se habilita aún más a través de la creación deliberada de inmigrantes y los trabajadores indocumentados como perpetuamente desplazados por las políticas laborales y de inmigración coloniales y capitalistas. Los procesos estatales de ilegalización de los trabajadores migrantes e indocumentados, a través de la negación del pleno estatus legal que impone una condición de precariedad permanente, legalizan efectivamente el comercio de sus cuerpos y trabajo por el capital nacional. Esto refuerza la afirmación anterior de que el estado está desarrollando sus estructuras para proteger el capitalismo transnacional neoliberal.

El impulso del capitalismo para maximizar las ganancias requiere una búsqueda constante de trabajos baratos y mecanismos efectivos para controlar a los trabajadores. El historiador Harold Trooper señala que la negación de la ciudadanía legal a los trabajadores migrantes temporales e indocumentados permite que los estados acumulen capital nacional a través de la "recolección del trabajo extraterritorial" para competir en el mercado global.^[88] Los teóricos Carlos Fernández, Meredith Gill, Imre Szeman y Jessica Whyte escriben: "Sin la frontera, no habría zonas diferenciadas de trabajo, no habría espacios para obtener capital excedente mediante el vertido de la sobreproducción, no habría forma de patrullar poblaciones hostiles que podrían querer resistir la proletarianización, no hay válvula de liberación para el acceso especulativo,"^[89] Los migrantes trabajadores indocumentados son, por tanto, la otra cara de la transnacional subcontratación, que en sí misma requiere del imperialismo fronterizo y el imperio racializado para crear zonas diferenciadas de trabajo. Estos trabajadores representan el trabajo ideal, particularmente en la era reciente de austeridad: mercantilizados y explotables; flexible y rentable.

Los trabajadores migrantes e indocumentados, especialmente las mujeres, están sobrerrepresentados en los sectores de bajos salarios como la confección y el trabajo doméstico. Bajo el programa de Live-In-Caregiver (LCP) en Canadá, por ejemplo, les inmigrantes filipinos predominantemente ingresan a Canadá como trabajadores domésticos. Se les exige que trabajen durante veinticuatro meses dentro de un periodo de cuatro años para calificar para la residencia permanente. Durante este período, las mujeres deben trabajar únicamente en el hogar del empleador cuyo nombre aparece en el permiso de trabajo. Aunque el programa exige un máximo en la semana laboral, el aspecto de vivir en estos trabajos permite a los empleadores llamar a los cuidadores en cualquier momento.

Esto expone a las mujeres a las violaciones laborales que incluyen horas excesivas o sin ser pagadas, las responsabilidades laborales adicionales, la confiscación de documentos de viaje, la falta de respeto de su privacidad y la agresión sexual. Como comenta una trabajadora doméstica migrante: "Sabemos que, bajo la LCP, somos como esclavos modernos que tenemos que esperar al menos dos años para obtener nuestra libertad"^[90] Además de la oferta del trabajo barato garantizado por las mujeres migrantes bajo el LCP, el programa sirve una función crítica en la economía capitalista. Al facilitar el reemplazo del trabajo doméstico para las mujeres ricas y de clase media a través de la LCP, el estado queda exento de la responsabilidad de crear un programa universal de cuidado de niños y ancianos que beneficie a todas las mujeres y familias.

Dentro del imperialismo fronterizo, los trabajadores migrantes e indocumentados están incluidos en el estado de una manera deliberadamente limitada, creando una jerarquía de dos niveles de ciudadanía. La designación común de los trabajadores migrantes como extranjeros, ilegales o temporales indica automáticamente que no pertenecen. Para la socióloga Himani Bannerji, estas expresiones son "ciertos tipos de entidades menores o negativas" que en realidad son "violencia congelada o relaciones de dominación."^[91] Ella revela cómo tal terminología tiene poco que ver con el tiempo que estos trabajadores han vivido y trabajado dentro del estado; más bien, señala su posición permanente en los peldaños más bajos de la escala socioeconómica. La condición de los trabajadores indocumentados, al no tener ciudadanía, garantiza que queden fuera del ámbito de las obligaciones del Estado; se les puede pagar menos del salario mínimo, se les puede impedir el acceso a los servicios sociales y pueden ser deportados durante las recesiones sin que los de clase alta tengan que preocuparse por las tasas de desempleo o el malestar social. Para esta subclase, su inclusión selectiva dentro del estado, así como la identidad legal (no) nacional como extranjera o temporal, normaliza el estado de su trabajo no libre y la exclusión del régimen de derechos del estado.

La condición de no ciudadanos de los trabajadores indocumentados y migrantes también les hace vulnerables al abuso y el estigma dentro de la sociedad. La gente pobre y de clase trabajadora son socializados a través de los medios para ver a estos trabajadores como "robando empleos" e "inundando vecindarios", una estrategia de dividir y vencer que Saket Soni de la Coalición por la Justicia de los Trabajadores de Nueva Orleans describe como una política de "cuña" que enfrenta a las personas contra los trabajadores migrantes.^[92] Sharma expresa esto de manera similar cuando comenta: "Las categorías de legalidad e ilegalidad son, por lo tanto, profundamente ideológicas. Ayudan a ocultar el hecho de que tanto les que son

representados como extranjeros y los que se consideran canadienses que trabajan en el mismo mercado laboral y viven dentro de la misma sociedad."^[93]

La clasificación de los trabajadores migrantes como extranjeros, que incorpora la explotación laboral, se mantiene al mismo tiempo a través de la racialización. Como se señaló anteriormente, las personas de color ya están autorizadas dentro del estado occidental, especialmente dentro de los estados coloniales donde la blancura ha sido necesaria para la fundación del estado. La subyugación y la explotación se normalizan contra aquellos marcados como extraños raciales, y más aún contra aquellos legalmente marcados como extranjeros. Como señalaron los politólogos Gargi Bhattacharyya, John Gabriel y Stephen Small, "la expansión capitalista ha dependido tanto de las mitologías de la raza y sus violencias concomitantes que el doble proyecto de subyugación económica racial es un aspecto constitutivo de esta expansión."^[94] La racialización dentro del capitalismo es, por tanto, cíclica. El racismo es en sí mismo un discurso estructurador tanto del mercado laboral como del régimen de ciudadanía, y también es un efecto de la interrelación entre el estado y la segmentación social, política y económica del trabajo.

Mientras que el pánico de los medios atribuye a un gran número de no ciudadanos a un sistema de inmigración "rota", los legisladores occidentales están promocionando la explotación legalizada y el racismo de los programas de trabajadores migrantes como el modelo del futuro. Estos programas son una forma de migración que satisface las necesidades del capitalismo del trabajo, mientras que al mismo tiempo retiene la identidad nacional racializada del estado al privar los derechos de los trabajadores migrantes. Por lo tanto, dentro del imperialismo fronterizo, el nexo estado-capital se basa en la naturaleza apartheid del estatus de ciudadanía para expandir un grupo de trabajadores migrantes e indocumentados desechable que reduce el salario mínimo para los intereses capitalistas sin perturbar la blancura normativa del estado-nación.

Una Contra-Narración

El imperialismo fronterizo puede ser entendido como la creación y reproducción de masivos desplazamientos globales y las condiciones necesarias para la precariedad legalizada de los migrantes, las cuales son inscritas en la violencia racial y de género del imperio, así como en la segregación capitalista y segmentación diferenciada del trabajo. Como he descrito en este capítulo, dentro de la matriz del imperio racializado y el capitalismo neoliberal, el imperialismo fronterizo está suscrito, en primer lugar, por el libre flujo del capitalismo y los dictados del imperialismo occidental que crean desplazamientos, al tiempo que aseguran las fronteras occidentales contra las mismas personas que el capitalismo y el imperio se han desplazado; segundo, el proceso de criminalización de los migrantes a través de su construcción como desviados e ilegales, que también asegura ganancias a las empresas que reciben contratos de militarización fronteriza y detención de migrantes; tercero, el afianzamiento de una identidad nacional e imperial racializada con sus contornos de género que tiene impactos específicos incorporados y materiales tanto a nivel local como global; y cuarto, la denegación legal de la residencia permanente a un número creciente de migrantes para garantizar una mano de obra explotable, marginada y prescindible.

La constante imaginación del estado —la ideología de “quién pertenece” -- se comprende mejor en el contexto del imperialismo fronterizo y sus vínculos con las incesantes violencias tanto del imperio racializado global como de la circulación transnacional del capital. Las dimensiones física, social, discursiva y metafórica del imperialismo fronterizo tienen un efecto innegable en la producción de un sistema de apartheid de dos niveles de ciudadanía. Como declara Anzaldúa, una feminista chicana queer, “las fronteras y los muros que se supone que mantienen fuera a los indeseables son hábitos arraigados y patrones de comportamiento”, un llamado enfático a rechazar los paisajes sociales y los complejos materiales de exclusión y dominación.^[95]

Durante el siglo pasado, la universalización y proliferación del occidental Estado Como institución política definitoria, así como la ciudadanía como política definitoria comunidad, es una consecuencia del imperialismo occidental. Las potencias europeas trazaron fronteras arbitrarias, dividiendo a las comunidades para servir a los intereses políticos y económicos. Por lo tanto, es fundamental desafiar los marcos centrados en el estado, como "Les inmigrantes también son estadounidenses" o "Les refugiados quieren disfrutar de las libertades de Canadá", que refuerzan la legitimidad del estado y sus fundamentos ilegítimos en los colonos colonialismo del imperialismo, el capitalismo, y opresión. Tales marcos se basan en un régimen de derechos sancionados por el estado, mitos perpetuados por el estado de tolerancia y benevolencia, y asimilación impuesta por el estado en formaciones sociales racializadas. Además, estos encuadres hacen invisible la naturaleza del estado neoliberal como la política jurisdiccional y legal que permite la expansión del capitalismo. Por último, confunden el papel del estado en la perpetuación de la violencia social, económica y política, incluido el encarcelamiento y la expulsión de los migrantes considerados "indignos". Como nos recuerda Balibar, debemos cuestionar críticamente "en qué tiende a convertirse el estado, cómo se está comportando y qué funciones está cumpliendo."^[96]

En contraste con los marcos centrados en el estado de la justicia migrante, dos de los más populares Los lemas dentro de los movimientos radicales por la justicia migrante son "No cruzamos la frontera, la frontera nos cruzó" y "Nadie es ilegal, Canadá es ilegal". Estos poemas reflejan una comprensión del imperialismo fronterizo como un pilar clave del apartheid global y las fronteras como cartografías de luchas anticapitalistas, antirracistas, anticoloniales y antidepresivas. Como Geógrafos Henk Van Houtum, Olivier Thomas Kramsch lo describen los y Wolfgang Zierhofer, una "frontera no es tanto un objeto o un material....

[1] Citas no traducidas